

VILLIERS DE L'ISLE ADAM

LA EXTRAÑA
HISTORIA
del Doctor

Bombomet



La importancia de Villiers de l'Isle-Adam (1838-1889) es absolutamente incuestionable dentro de la historia de la literatura fantástica francesa, pues en él vienen a unirse dos corrientes, dos concepciones literarias bien distintas: el realismo (frecuentemente el más crudo) y el simbolismo (a menudo el más etéreo).

Sus famosos *Cuentos crueles* (1883) ilustran en buena medida esta doble pertenencia. Algunas de sus obras, recordemos aquí *La Eva futura* (1880), son precedentes y anuncian la moderna literatura de anticipación. *La extraña historia del Doctor Tribulat Bonhomet* (1887) es un libro raro, inquietante, que hace sentir siempre al que lo abre una secreta e irreprimible aprensión.

A mis queridos indiferentes.

NOTA PREVIA

«Me llamo LEGIÓN»
N.T.

ADVERTENCIA AL LECTOR

Para iniciar al público en el carácter del doctor Bonhomet, damos hoy a la luz, en primer lugar, tres relatos que reflejan, a grandes rasgos, su íntima personalidad.

Inmediatamente después tomará la palabra el doctor y nos relatará la extrañísima historia de Claire Lenoir, cuya pesada carga de responsabilidad dejamos recaer enteramente sobre él.

Además, un EPÍLOGO.

Si, como tenemos motivos para temer, este personaje (incontestable, ¡si hubo alguno!) obtiene cierta fama, pronto publicaremos, a nuestro pesar, las anécdotas y los aforismos de los que él es héroe y autor, respectivamente.

VILLIERS DE L'ISLE-ADAM

EL ASESINO DE CISNES

«Los cisnes comprenden los signos.»
VÍCTOR HUGO, *Los miserables*^[1]

Al señor Jean Marras

A fuerza de consultar tomos de historia natural, nuestro ilustre amigo, el doctor Tribulat Bonhomet había acabado por saber que *el cisne canta mejor antes de morir*.

—En efecto (nos confesaba todavía recientemente), sólo esta música, desde el momento en que la había escuchado, le ayudaba a soportar las decepciones de la vida y cualquier otra no le parecía más que un guirigay, o «Wagner».

—¿Cómo se había procurado ese placer de aficionado?
Del modo siguiente:

En los alrededores de la viejísima ciudad fortificada en que vive, habiendo descubierto un buen día el práctico anciano, en un parque secular abandonado, bajo umbrías de grandes árboles, un viejo estanque sagrado —sobre cuyo oscuro reflejo se deslizaban doce o quince tranquilas aves —, había estudiado cuidadosamente los accesos, meditado las distancias, observando sobre todo al cisne negro, su vigilante, que dormía perdido en un rayo de sol.

Todas las noches permanecía con los grandes ojos abiertos, con una lisa piedra en su largo pico sonrosado, y, cuando la menor señal le advertía un peligro para los que guardaba, con un movimiento de su largo cuello lanzaba bruscamente a las ondas, en medio del blanco círculo de sus durmientes, la piedra del despertar: y la bandada, a esta señal, aún guiada por él, huía volando a través de la oscuridad bajo las profundas avenidas, hacia algunos lejanos céspedes o hacia una fuente que reflejaba grises estatuas, o hacia otro amparo que su memoria conociera bien. Bo-

nhomet los había querido durante largo tiempo, en silencio —sonriéndole incluso—. ¿No era con su último canto con el que, como perfecto *dilettante*, pensaba acariciarse los oídos?

Así pues, a veces —cerca de la medianoche de cualquier otoñal noche sin luna—. Bonhomet, atormentado por el insomnio, se levantaba súbitamente y se vestía de un modo especial para el concierto que necesitaba volver a oír. El gigantesco y huesudo doctor, enfundando sus piernas en desmesuradas botas de caucho herrado, que prolongaba sin suturas una amplia levita impermeable, también adecuadamente forrada, deslizaba en sus manos un par de guanteletes de acero blasonado, procedentes de alguna armadura de la Edad Media (guanteletes de los que se había convertido en feliz adquisidor por el precio de treinta y ocho bonitos soles —¡una ganga!— pagados a un buhonero). Después de esto, se ceñía su amplio sombrero moderno, apagaba la lámpara, bajaba y, con la llave de su morada en el bolsillo, se encaminaba despaciosamente hacia el lindero del parque abandonado.

Luego se aventuraba por los umbríos senderos, hacia el retiro de sus cantores preferidos —hacia el estanque donde el agua poco profunda y bien sondeada en todos los lugares, no le cubría la cintura—. Y, bajo las bóvedas que estaban próximas a los atracaderos, enmudecía su paso, tanteando las ramas muertas.

Cuando llegaba al borde del estanque, lema, muy lentamente —y sin ningún ruido!— arriesgaba una bota, después la otra, y avanzaba a través de las aguas con precauciones inauditas, hasta tal punto inauditas que apenas se atrevía a respirar. Como un melómano ante la inminencia de la esperada cavatina. Así que, para cubrir los veinte pasos que le separaban de sus queridos virtuosos, empleaba generalmente de dos horas a dos horas y media, tanto temía alamar la sutil vigilancia del negro guardián.

El soplo de los cielos faltos de estrellas agitaba quejumbrosamente los altos ramajes que en las tinieblas rodeaban al estanque: pero Bonhomet, sin dejarse distraer por el misterioso murmullo, no dejaba de avanzar disimuladamente hasta que, hacia las tres de la mañana, se encontraba, invisible, a medio paso del cisne negro, sin que éste hubiera notado el menor indicio de su presencia.

Entonces, el buen doctor, sonriendo entre las sombras, jarañaba suavemente, muy suavemente, rozando apenas, con la punta de su medieval índice, la invisible superficie del agua ante el guardián!... Y la arañaba con tal suavidad que éste, aunque asombrado, no podía juzgar que esta vaga alarma tuviera una importancia digna de que la piedra fuera lanzada. Escuchaba. A la larga, su instinto descubría oscuramente la *idea* del peligro y su corazón, ¡oh!, su pobre corazón ingenuo se ponía a palpar terriblemente, lo cual llenaba de júbilo a Bonhomet.

Y entonces los bellos cisnes, uno tras otro, perturbados por aquel ruido, en lo más profundo de sus sueños, estiraban con ondulaciones la cabeza de debajo de sus pálidas alas de plata —y bajo el peso de la sombra de Bonhomet, poco a poco se apoderaba de ellos una angustia que tenía no se sabe qué confusa conciencia del mortal peligro que les amenazaba—. Pero, en su infinita delicadeza, sufrían en silencio, como el guardián —sin poder huir, ¡*porque la piedra no había sido lanzada!*—. Y todos los corazones de estos blancos exilados se ponían a latir con golpes de sorda agonía, *inteligibles* y claros al encantado oído del doctor que —sabiendo bien lo que les causaba, *moralmente*, su sola proximidad—, con pruritos incomparables se deleitaba en la sensación terrorífica que su inmovilidad les hacía sufrir.

—¡Qué dulce es animar a los artistas! —se decía por lo bajo.

Cerca de tres cuartos de hora duraba este éxtasis, que no hubiera cambiado por un reino. De repente, el rayo de

la estrella matutina, deslizándose entre las ramas, ¡iluminaba de improviso a Bonhomet, las negras aguas y los cisnes con los ojos llenos de sueños! El guardián, enloquecido de horror ante tal visión, lanzaba la piedra... (¡Demasiado tarde!... ¡Bonhomet, con un terrible grito, con el que parecía desenmascararse su dulzona sonrisa, se abalanzaba con las zarpas dispuestas, los brazos extendidos, por entre las filas de las sagradas aves!) Y qué rápidas eran las presas que hacían los dedos de hierro de este paladín moderno: los puros cuellos de nieve de dos o tres cantores quedaban atravesados o quebrados antes de que emprendieran el vuelo radiante de las demás aves-poetas.

Entonces, el alma de los agonizantes cisnes, despreocupada ya del buen doctor, se derramaba en un canto de inmortal esperanza, de liberación y de amor, hacia cielos desconocidos.

El racional doctor sonreía ante este sentimentalismo, del que únicamente le gustaba saborear, como serio conocedor, una cosa —el timbre—. Musicalmente, sólo apreciaba la singular dulzura *del timbre* de estas voces simbólicas, que vocalizaban la Muerte como si fuera una melodía.

Con los ojos cerrados, Bonhomet aspiraba en su corazón las vibraciones armoniosas: luego, tambaleándose, como en un espasmo, iba a varar en la orilla, se tumbaba en la hierba y se tendía de espaldas, con sus ropas bien calientes e impermeables.

Y allí, este mecenas de nuestra era, perdido en un voluptuoso torpor, volvía a saborear, en el fondo de sí mismo, el recuerdo del delicioso canto aunque afectado por una sublimidad pasada de moda, según él— de sus queridos artistas.

Y, apurando su éxtasis comatoso, rumiaba así, despacio-samente, hasta que amanecía, esa exquisita impresión.

**MOCIÓN DEL DR. TRIBULAT
BONHOMET
REFERENTE A LA UTILIZACIÓN
DE LOS TERREMOTOS**

«Cuando Faramond se ciñó la tiara, Francia sólo era una vasta extensión de tierras palúdicas, mucho más apropiada para los revoloteos de patos salvajes... que para el funcionamiento regular de las instituciones constitucionales.»

UN SABIO MODERNO

Al señor Gustave Guiches

«—¿Nos adentramos en un terreno de fantasía donde somos las... figuras de la baraja?^[2]

»¡Qué es esto!, acabando por hacer honor una vez más a una ingenua tradición de nuestros padres —esos días de carnaval en que se extasía la juventud—, sucede que en el momento en que íbamos a dar al sueño los honores de nuestros hoteles más consecuentes, en nuestra capital, éstos se ven invadidos, con la llegada de los trenes de la noche, por hordas vestidas más que sumariamente (habiendo llevado algunas damas su terror hasta el punto de la impudicia), sucede que los mayordomos, creyéndose juguetes de mórbidas alucinaciones —cuando no de una salida de baile de máscaras— no pueden por menos que quedarse atónitos ante tal espectáculo, mientras que, mandados a toda prisa y presumiendo ya alguna nueva fumistería de anarquistas, los socorridos guardianes de esta paz —que nos es más querida que cualquier otra cosa excepto la vida— se acarician silenciosamente la perilla al hilo de las confidencias, aún temblorosas, de todos estos viajeros, que escuchan con oído distraído, envolviéndolas en miradas oblicuas y suspicaces.

»—Realmente, cuando se leyeron los telegramas meridionales y la electricidad obligó a todo el mundo a rendirse a la evidencia, no supimos, confesémoslo, qué pensar. ¡Era como creerse en plena Edad Media!

»¿Cómo pueden producirse aún fenómenos tan melodramáticos en medio de nuestras regulares y constitucioña-

les civilizaciones? ¡Es algo que subleva al Sentido Común! Estos cataclismos, que hoy día no tienen razón de ser, cuyo tiempo ha pasado, ¿son consecuentes con algo? ¡No! Sencillamente, chocan con todas las ideas admitidas y habría que exigir una pronta represión. ¡Qué es esto! ¿En nuestro siglo de las luces, seis mil personas, honorables en su mayoría, no pueden tomar el frasco inocentemente sin verse expuestas a que una inesperada trepidación del suelo les aplaste de improviso?... Encuentro en todo esto como un vago tufo de oscurantismo.

»¿Cómo someter estas sacudidas al freno de una sabia reglamentación? ¿Amordazarlas, por decirlo así, clasificándolas en un régimen ingeniosamente administrativo?... No valen tergiversaciones: es preciso conseguirlo.

»Si no la Ciencia, que lo es todo, absolutamente todo, acabaría por parecer sólo una engañifa —asimilándonos, en consecuencia, a juguetes de la mecánica celeste—, lo cual es inadmisibile.

»Que el subsuelo, en ciertos aledaños volcánicos, presente aún dificultades de investigación momentáneamente apreciables, pase; ¿pero hemos de estar todavía mucho tiempo a merced de las eventuales gracias de una solfatara cuando nuestros días dependen de ello? ¿No valdría más, como proponen prácticos sabios, resignarnos a vaciar sin más el Vesubio, para crear exutorios más libres en los flatos suburbanos del planeta?

«Pregunta.

»Lo más indignante de la aventura es que muchas personas, toleradas en nuestros grandes centros, no se sabe bien a título de qué —al de «artistas», creo—, para mofarse del progreso, parecen justificarse con estas calamitosas mistificaciones de nuestro planeta, pretextando que estas ciegas oscilaciones de las capas terráqueas de Italia demuestran la injerencia de Potencias secretas, revoltosas y dañinas, en nuestros asuntos. ¡Sí! ¡Sí!, esta extravagante idea (¡y no otra!) es la que esconden todas esas transparen-